

Juan Luis REQUEJO PAGÉS, *La agonía de la democracia*, Oviedo, KRK Ediciones, 2020, 77 pp. <https://dx.doi.org/10.5209/foro.74046>

Este pequeño pero ingenioso libro se ha gestado a partir de algunos otros trabajos del autor de carácter más fragmentario o de más comprimido recorrido argumental, aunque su raíz última se encuentra, según deja ver el propio Juan Luís Requejo, en la inagotable capacidad de seducción y discusión intelectual que aún sigue suscitando la conocida obra de Hans Kelsen sobre el ser y el valor de la democracia. Explícitamente inspirada en aquellas ideas ya clásicas sobre la organización del Estado contemporáneo, la tesis que aquí se sostiene puede resumirse en la constatación de que los sistemas democráticos, tan arduamente contruidos a partir de los postulados de la ilustración y la correlativa proclamación de las libertades civiles y políticas de los ciudadanos, se sienten seriamente amenazados desde hace algún tiempo por factores de diversa naturaleza. Al decir del autor, varios peligros les acechan, algunos tan viejos como la propia organización social y otros de nuevo cuño o de raigambre más moderna. Entre los primeros, el lugar protagonista corresponde a la pulsión totalitaria que de modo persistente e insidioso no deja de infiltrarse en el tejido social y político, muchas veces alimentada por los contra-

tiempos de trasfondo económico que acompañan a nuestras sociedades o por la frustración de muchos de los objetivos propios del Estado social de Derecho, especialmente en el terreno de las aspiraciones hacia una igualdad real y efectiva. Entre los segundos, las preocupaciones del autor parecen centrarse tanto en el espejismo de la democracia directa, que a veces quiere tornarse incluso en democracia «instantánea» o inmediata, como en los crecientes riesgos de democracia «dirigida» provenientes de los imparable avances de la tecnología, con sus descomunales medios de programación, control o interferencia en la vida social. Las comprobadas dificultades para la redistribución equitativa de la riqueza en un mundo que no puede dejar de ser globalizado, la sensación de crisis o insuficiencia de los mecanismos tradicionales de representación pública, la emergencia de una nueva mano invisible en un sistema productivo progresivamente digitalizado, o el propio declive de la cultura y la razón ilustradas, parecen alzarse en efecto como inevitables focos de inquietud en las sociedades de nuestro tiempo. La democracia, viene a decirnos este sugestivo libro en su tramo final, no es un estado natural o inmanente de

las cosas, sino más bien el resultado de un gran esfuerzo de los grupos humanos que en todo momento requiere de una cuidadosa labor de sostenimiento y resistencia. Para el autor, la defensa del sistema democrático ha de acometerse una vez más mediante una renovada profesión de fe en los valores clásicos de libertad e igualdad, acompañada ahora de dosis más intensas de educación de la ciudadanía, de un más alto grado de participación en los asuntos públicos y de mayores exigencias en la designación de nuestros dirigentes o responsables políticos. Hay que retomar, a la postre, la gran empresa de la Ilustración, que sigue tropezando con evidentes obstáculos de índole económica o ideológica, que no siempre se acopla bien con las modernas técnicas de información y comunicación, pero que, a cambio, y pese a todo ello, puede contar hoy en día con un entorno social más favorable, por las sustanciosas mejoras en las condiciones de vida y las evidentes conquistas en el terreno de la justicia. Es seguro que el opúsculo de Juan Luís Requejo habría sido

del agrado de Joaquín Varela Suanzes-Carpegna, reconocido estudioso de nuestra Historia Constitucional y universitario de pura cepa, además de compañero del autor en la veterana Facultad de Derecho de Oviedo, en la que tal vez guiara sus primeros pasos como constitucionalista. A su memoria está dedicado. El recuerdo es a todas luces merecido. La reflexión sobre el estado de la democracia a la que estas páginas nos invitan, plenamente justificada. La apelación al debate que de todo ello se desprende, especialmente oportuna. Quizá no se trate más que de recuperar los viejos valores de respeto hacia el prójimo y de consideración hacia su persona. Tal vez baste con incrementar un poco nuestros niveles de tolerancia y reforzar en la misma proporción nuestro esencial compromiso con la escena democrática, como espacio irrenunciable de igualdad de oportunidades y de buena convivencia.

Joaquín GARCÍA MURCIA  
Dpto. Derecho del Trabajo  
y de la Seguridad Social  
Facultad de Derecho. UCM